

Los ojos sobre el olvido (2003)

“Después de las primeras poesías publicadas el año 2002 en el libro *Jordi Güell: Entre yo y la montaña*, realizo como complemento para la exposición individual *Las piedras dormidas* (2003, Darby Louise Galeria d’Art, Barcelona) el poemario *Los ojos sobre el olvido* (2003).

La enorme indignación que me provoca la guerra de Irak, el descrédito que siento por la posición transigente que adoptan los países occidentales ante el hecho, y la abusiva imposición del método de vida y sistema económico neoliberal como pensamiento único, por encima de cualquier otra propuesta moderna o tradicional, son el trasfondo de un texto que pretende ser explícito.

La redacción de un poemario contestatario es consecuencia de mi rechazo visceral, a una realidad de hechos consumados, y aceptada por la fuerza del llamado realismo político. En el texto describo la banalización de la muerte, en una guerra falsamente aséptica, desprovista de víctimas y capaz de saltarse la opinión pública y toda legalidad internacional, siendo un precedente que transforma y deforma la imagen de una democracia contemporánea que pierde su verdad con sus hechos, y por mucho tiempo”.

del poemario Los ojos sobre el olvido. 2003.

Los ojos que no son

Por fin se han detenido tus palabras.
¿Dónde estás?
Te cazaré en otro festín.
Herbívoro.
Maldito.

La piel robó al sol el semblante de un cuero carcoma
bebido rojo y cohete al centro del cerebro,
demorando en el campo alfileres sobre un negro
desprendido que se cae palabra
para siempre en orejas mediodía.

No voy a detenerme.

Los rayos se enroscan como espirales.
La eternidad se almacena en frigoríficos.
En los comedores hay un cielo.
Mosquitos a millares se pelean en su frente.

Y la inocencia se golpea con una lavadora.

En los campos las vacas llevan pantallas en la frente.
En el día ultrareal el gran manjar es ser poeta.
Su lengua enloquece en la certeza.
¿Quién no está llorando?
Un niño ha muerto.
¡Vivamos el festín de la centrifugadora!

Oyes la certidumbre:

Mastica. Mastica.
La vaca centrifuga y la poesía se salpica.

Ah cultura.
Tatuajes.

Deberás cocinar los pensamientos.
Ver armarse las mañanas con los versos.
Al poeta maldito meando atardeceres.
Bañados con vértigo, la rosa sufre alzada.
Alzadas las faldas del día con tus genitales.

El poeta nubla la comprensión del mundo.

Sí, de acuerdo.
Te has muerto niño. ¿Recuerdas?
Y te abandono, maldito.
¡Maldito!

Atascado el verbo en tu gesto.
Rota la cadera, el cuello y la cintura.
Regalados los miembros en mercados de regaliz.
Robadas las sonrisas del inmenso televidente.
Presas las cabezas en pantallas.
¡Imitados bigotes del gran dragón chino!

No creo en cápsulas de vino ni en cuernos de cabrón.
Ni en salones con peines en el techo que maquillan las cabezas.
Ni en palacios elevados en los quietos de los ríos.
Ni en monasterios de papel rescrito en mañanas felpudo.

La impertinencia de las palabras.
Siembran, como bueyes.

Explotan. ¡Están aquí!
Gimen y furiosas preguntan:
¿Quién soy?

¡No!. Te abandono.
Tu identidad se vacía con el susurro de los dientes.

Debes masticar. ¡Nada más!

Este es el último verso:
Las mentiras empiezan a comernos.

Tus colores se acercan.
¿Quién soy?
Pestilencialuz disparomuerte.
La claridad se aposenta en ti: el desterrado.
El cavernícola de la realidad.
El submarino pagano propietario de bombas
bostezando el alma.
Eres parte de una generación de corderos.

La pestilencia ya cubrió el recuerdo.
¡Mastica! ¡Consúmeme!

No tienes ni rostro ni nombre.
Vivirás labrado, desollado, con esos ojos sin órbita.
La imagen es siniestra.
La última temperatura de certeza viniendo a rescatarte.
Corderos que llevan congelado el horror en sus membranas.
Con la frente fusilada por las bombillas.

¡Corderos!

Calcografía del último episodio de vida arrastrada a la luz.
Ofrecen al poeta un instante de certeza indescriptible. Sublimación del tiempo consciente que embriagó a los modernos.

Creo que podemos vernos de ese modo mientras engullimos y engordamos.
Con esa misma clarividencia.
Nuestra cara se retorcerá de espanto.
Y nuestra memoria jamás volverá a conocernos.

Somos asesinos en silencio.
Y en esa luz la penitencia es virtual.
Que nadie recuerde. ¡Esto mata!

Nuestra memoria es insuficiente para tanto.

El pensamiento está obsoleto.
¡Ah, mundo ultrareal! ¿Estás aquí?

www.jordiguell.com

El niño murió para siempre.

¡Ah corderos! ¡Poetas!

Ah, el olvido miradlo,
¡el olvido!

Ah, happy day, happy day.

Jordi Güell 2003